

José Ángel Valente. *Variaciones sobre el pájaro y la red*, precedido de *La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets, 1991.

Hay obsesiones que enaltecen, visiones que en su continuo repetirse y desdoblarse van generando una certeza, una convicción, una fe que hace definitivo el principio que postula. Así la fascinación del poeta con la poesía, así el constante retorno de José Ángel Valente a las mismas fuentes de inspiración que lo confirman en su entendimiento de la palabra poética desde su hermandad con la mística. Quienes han seguido desde su comienzo el cuidadoso y certero avance que la obra literaria de José Ángel Valente ha ido manteniendo desde la década de los cincuenta saben de las fuerzas más profundas que la inspiran y han aprendido a reconocer en ella una de las manifestaciones más originales e intensas de la lírica española contemporánea. Primordial en tal aprehensión es el conocimiento de la prosa con que el poeta, desde muy al inicio, va fundando el cimiento crítico de su decir.

Claras, pertinentes, decisivas fueron en los años sesenta las páginas de esa poética, «Conocimiento y comunicación», que en gesto muy al día introducía una ya importante selección de textos poéticos juveniles (*Poesía última*, selección de Francisco Ribes, Madrid, Taurus, 1963, pp. 155-161). Juvenil la prosa mostraba entonces lo que años después vendría a ser este escribir analítico de clásicas tersuras sentenciosas. En el proceso fueron dándose artículos dispersos que, agrupados en tomos de recolección, se complementan en un cuerpo entero: *Las palabras de la tribu* (1971), *La piedra y el centro* (1982) y ahora estas *Variaciones sobre el pájaro y la red*, que bien se nombran como tales porque no son más que sutiles variaciones sobre un mismo tema, el de siempre: «la experiencia de los límites últimos del lenguaje» donde «concurren el poeta y el místico» (240).

Entrañablemente hermanado a un esfuerzo paralelo en el verso este verbo crítico de Valente constituye un aspecto indispensable de su labor de escritor. Una nueva colección de ensayos relacionados al mismo tema recurrente ha de recibirse, entonces, como una reafirmación, un repetirse enaltecido de lo esencial: la adopción del oficio de poeta. Pocos han hecho, como Valente, una tal vocación de su propia actividad; pocos se han vuelto sobre su hacer con tanta efusión y constancia. una y otra vez, en estudios breves y centrados en un punto solo, una metáfora, ápice del

saber reducido a su más exacta precisión, repite el poeta la inextinguible sorpresa de su descubrimiento: la palabra del místico y la suya, la que, en momentos anteriores, en el umbral de su madurez, le dictara el título general de todos sus libros de poemas hasta esa fecha: *Punto cero*.

Repite entera en este nuevo libro de recolecciones, *Variaciones sobre el pájaro y la red*, la selección ya conocida de *La piedra y el centro*, que incluye comentarios sobre San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Miguel de Molinos, el Maestro Eckhart, Grünewald, El Bosco, algún texto musulmán y tradiciones místicas no europeas. Le añade once textos nuevos, que inciden más o menos en los mismos autores, con mayor presencia, tal vez, de referencias a las tradiciones místicas semitas y no europeas. En esencia no hay un cambio, sino reelaboración. Lector estudioso, cuyas referencias a diversos textos indican amplio saber, Valente establece relaciones iluminadoras entre diferentes tradiciones y entretreje comentarios convincentes sobre la unidad de la experiencia que le ocupa. Y cada texto suyo parece un descubrimiento, tal es el nivel de entusiasmo que los dicta.

Pero no interesa tanto establecer aquí las características del método seguido por el ensayista; ni tampoco es cuestión de ponerse a discutir sobre la validez de sus aproximaciones al tema; lo que ante estas *Variaciones* importa es comprobar cómo un poeta español contemporáneo que desde sus comienzos se mostró crítico de las formas del poetizar español del momento, ha ido avanzando sin vacilaciones hacia una concepción y una realización poéticas que lo distinguen como especialísimo dentro del conjunto. Valente, desde su posición poética adoptada en plenitud, se muestra como un ejemplo, un modelo, de la poesía de tradición mística escrita en castellano. No quiere esto decir, ni habría modo de afirmarlo, que el poeta sea propiamente un místico en el sentido religioso del término; lo que sí indica es que con Valente la lírica española contemporánea ha alcanzado, probablemente para no volverlo a repetir en mucho tiempo, la misma intensidad espiritual, el mismo toque esencial, la misma sorprendente luminosidad del decir de los místicos.

Cada uno de los ensayos que se reúnen en esta nueva colección se lee como una variación del mismo tema porque no hay para Valente, el poeta, otro tema que parezca importar más. Se podrá quejar el lector de cierta monotonía, pero sólo si lee sin

comprender el ritmo que esta colección se impone, ese ritmo de imágenes constantemente repetidas con que se quiere decir lo que no se dice, lo que nunca se podrá decir. Desde estas páginas en prosa el lector accede al verso cada vez más exactamente intenso del poeta de la palabra, y desde aquél vuelve a la prosa para mejor entenderla en su lirismo esclarecedor.

University of Wisconsin-Milwaukee

SANTIAGO DAYDÍ-TOLSON

Julio Caro Baroja. *Arte visoria y otras lucubraciones pictóricas*. Barcelona, Tusquets, 1990, 276 pp.

Todas las obras de este autor poseen agudeza y erudición, nos desvelan aspectos de la realidad social a partir de lo cotidiano y de lo doméstico; y además de esto, que es lo propio de la etnografía, a menudo nos obsequian con agudos comentarios de crítica histórica y estética. *Arte visoria* entra dentro de estas categorías, pero no es uno de los mejores libros de Caro.

El libro está dividido en tres partes o bloques de ensayos: una primera sobre cómo veían los ojos de los primitivos; la segunda trata, sobre todo, de los significados culturales del paisajismo pictórico, y la tercera, bastante heterogénea, es un «cajón de sastre» con lo estético como único elemento de conexión.

La mejor parte, y la más original, es la primera. En ella, inspirado por la sociología simmeliana de los sentidos, diserta Caro sobre la función de lo social y lo histórico en la visión misma del ojo humano. Se muestra aquí como este órgano sensorial no puede escapar a las mediaciones culturales que nos constituyen. El ojo se nos presenta plagado de «filtros» y mediaciones: de signos, juicios y prejuicios. No hay, pues, una visión (en el sentido más literal) pura y neutra de las cosas. En el caso del paisaje: «el ojo abre y cierra horizontes y cielos de acción y no es sólo un órgano físico individual, sino también, o más bien, un órgano con significado social o colectivo» (18).

Aquí nos habla el ensayista vasco de campos, montañas, ríos y cabañas según los vieron los «primitivos». El hecho de que en una época determinada un río fuera una frontera, y al siguiente ya no lo fuera, sino que lo eran las montañas,... y el hecho de